

Blacas informó de ellos en nombre del rey á sus colegas, quienes se admiraron al saberlos, pero sin abrigar temor de que pudiesen alterar la armonía del gabinete. Mr. de Blacas envió la noticia por medio de un correo á Mr. de Talleyrand, que ya había salido de París para asistir á las conferencias del congreso de Viena; personaje principal, que hubiera debido ser el autor de las modificaciones, y que apenas fué confidente de ellas después de realizadas. Luis XVIII, por su parte, odiando todo género de explicaciones con las personas, porque su reposo y su dignidad real sufrían siempre algo, no quiso ni aun hablar con el general Dupont. Después de la escena pasada en el Odeón, evitó recibirle, alegando unas veces hallarse indispuerto, pretextando otras un paseo, y el 3 de diciembre le envió á Mr. de Blacas para pedirle que se desprendiese de la cartera de la Guerra, ofrecerle una pensión de cuarenta mil francos,

y encargarle del mando de una provincia. Mr. de Blacas tuvo gran cuidado en afirmar al general Dupont que no tenía parte alguna en el cambio que le anunciaba, lo que era cierto; pero causó gran sorpresa al general al indicarle el nombre de su sucesor, y llevó su dimisión al monarca.

De este modo terminó aquella crisis: por el reemplazo de un ministro de la Guerra, á quien se atribuían las malas disposiciones del ejército, y por el cambio del director de la policía, á quien creían poco celoso, porque no daba crédito á las conspiraciones imaginarias que inventaban los ociosos agentes del conde de Artois. Como sucede siempre en semejantes casos, á la agitación debían suceder algunos instantes de calma hasta que se realizase la siniestra profecía de Napoleón: *Los Borbones, dijo, van á pacificar la Francia con la Europa, pero á ponerla en guerra con ella misma.*

LIBRO QUINCUGÉSIMO SEXTO

EL CONGRESO DE VIENA

Situación de Europa después de concluida la paz de París. — Descontento de las provincias belgas y rhinianas anexionadas á países protestantes y maltratadas por los ejércitos extranjeros. — Estado de confusión en el que estaba amenazada de caer Alemania. — Los pueblos esperan en vano la libertad que se les ha prometido, y los pequeños Estados temen verse absorbidos por los grandes. — Conflagración en Suiza, de resultas de la lucha entre los antiguos y los nuevos cantones. — Triste situación de la Italia. — Deplorable gobierno del rey del Piamonte, y rigores empleados en Roma por el gobierno pontifical. — Revocación del Concordato francés casi acordada, pero diferida. — Admiración de Murat al verse todavía en el trono de Nápoles, y disgustos de las potencias por su permanencia en él. — Situación de la España. — Conducta pérfida y cruel de Fernando VII. — Abandona el pacto de familia por su deseo de complacer á los ingleses. — Mientras que la Europa se ve atormentada de este modo, los soberanos coligados asisten en Londres á unas brillantes fiestas. — Renuevan la promesa de continuar unidos, pero sin darse explicaciones acerca de los asuntos pendientes. — El congreso de Viena se aplaza para el mes de septiembre. — Disposiciones que á él se llevan. — Sólo dos soberanos, el emperador Alejandro y el rey Federico Guillermo, se presentan en él de acuerdo y estrechamente unidos. — Abriegan la creencia de que la Europa les debe todo lo hecho, y quieren obtener por completo el uno la Polonia y el otro la Sajonia. — La Inglaterra no se apercibe de este proyecto; el Austria lo descubre, pero guarda silencio con la esperanza de destruirlo sin atentar contra la unión europea. — Ventajas que esta situación hubiera ofrecido á la Francia, si se hubiera presentado en Viena libre de compromisos y sin haber firmado el tratado del 30 de mayo. — Amplios poderes concedidos á Mr. de Talleyrand para obrar á su antojo. — El rey no le impone más que una obligación, la de expulsar á Murat del trono de Nápoles. — Partida de Mr. de Talleyrand acompañado del duque de Dalberg. — Su impaciencia por representar un gran papel, y su determinación de fundar su política en Viena sobre el principio de la *legitimidad*. — Solemne entrada de los soberanos aliados en la capital de Austria. — Magnífica y costosa hospitalidad que les ofrece el emperador Francisco en el palacio de Schönbrunn. — Pretensiones de la Prusia y de la Rusia respecto de la Polonia y de la Sajonia, que, no tardando en ser conocidas, son el asunto de todas las conversaciones. — Oposición de los príncipes alemanes á semejantes pretensiones. — Apuros de la Inglaterra y del Austria, inquietas por el sostenimiento de la alianza de Chaumont. — Cuanto más amenazada se ve su unión, más alardes hacen de creer en ella, prometiéndose mantenerla. — Acuerdo secreto del Austria, de la Inglaterra, de la Rusia y de la Prusia, para dirigir los negocios entre ellas y no asociarse á las demás potencias más que por pura fórmula. — Este convenio no tarda en descubrirse y da nuevo pábulo al resentimiento de las potencias de segundo orden, que temen que excluirlas sea un medio de sacrificarlas. — Irritada con esto la legación francesa, no se limita á protestar contra los proyectos de exclusión, sino que inmediatamente se declara á favor de la Sajonia contra las miras de la Rusia y la Prusia. — La Prusia se venga diciendo que la Francia trata de volver á apoderarse de la línea del Rin. — Protestas de desinterés que se ve obligada á hacer la legación francesa, para corregir el efecto producido por su precipitada conducta. — Irritación del emperador Alejandro dirigida particularmente contra Mr. de Talleyrand. — Entrevista de este monarca con el plenipotenciario francés. — Después de algunas semanas perdidas en negociaciones, y en reconvenirse amargamente, se levanta un grito general reclamando la convocación del congreso. — Las *Cuatro*, es decir, el Austria, la Inglaterra, la Rusia y la Prusia, comprenden el peligro de una reunión general inmediata, y proponen un plazo de un mes, lo que retarda la reunión del congreso hasta el 1.º de noviembre, con el pretexto de tener tiempo para meditar las cuestiones. — Mr. de Talleyrand se pone á la cabeza de los opositoristas. — Pide que sin retardo se convoque al congreso á una asamblea general, y quiere aprovecharse de la ocasión para conseguir la admisión del representante de Sajonia y la exclusión del representante de Nápoles, como una manera indirecta de resolver instantáneamente las dos cuestiones más importantes del momento. — Viva resistencia por parte de las *Cuatro*. — Después de algunos días se transige y se aplaza la reunión del congreso para el 1.º de noviembre, prometiéndose reunirse por completo en este día, y se adoptan expresiones que hacen esperar lo que se llama *el respeto del derecho público*. — Después de abandonar los proyectos de exclusión, la legación francesa, en vez de detenerse antes de comprometerse más en la cuestión de la Sajonia, se pronuncia más y más en su favor. — Los rusos y los prusianos, por su parte, manifiestan sus opiniones sobre esta cuestión con gran altanería. — Actividad de los pequeños Estados y sobre todo de la Baviera. — Lazos de ésta con la legación francesa. — Crecientes apuros del Austria y de la Inglaterra. — Lord Castlereagh, temiendo malquistarse con la Prusia, de la que necesita para los fines de su política respecto de los Países Bajos, desea entregarle la Sajonia para salvar á la Polonia. — Mr. de Metternich, que desea por el contrario librar á la Sajonia más bien que á la Polonia, desapruueba esta táctica, y á pesar de esto la deja probar con la esperanza de que no conseguirá ningún resultado, porque Federico Guillermo no se dará por satisfecho si no lo está también el emperador Alejandro. — Lord Castlereagh avanza resueltamente en sus propósitos. — Sus vivas conversaciones con el emperador Alejandro, seguidas de notas tan fuertes como deplorables. — La Baviera, siempre la más activa, no duda en hablar de guerra y dice al Austria que debería tratar de dirigirse á la Francia y aliarse con ella. — Mr. de Metternich, que teme la desunión, responde que la Francia no cuenta ya con ejército. — La Baviera da parte de estas palabras á la legación francesa, para excitar su amor propio. — Mr. de Talleyrand pide á Luis XVIII que disponga armamentos. — Deliberación á propósito de esta petición en el consejo real. — El ministro de Hacienda consiente en dar cincuenta millones para que el ejército francés pueda presentarse de una manera conveniente. — Grande satisfacción de Mr. de Talleyrand, y su presteza en dar publicidad á los armamentos de la Francia. — Entretanto la lucha que se sostiene en Viena es también sumamente animada. — Mr. de Metternich, obligado á secundar la táctica de lord Castlereagh, aconseja á la Prusia por su propio interés que no se apodere de la Sajonia, pero consiente en entregársela bajo ciertas condiciones que la Prusia no puede aceptar. — Exasperado el emperador Alejandro, se muestra resuelto á arriesgarlo todo; entrega la Sajonia, ocupada por él, á las tropas prusianas y concentra todas sus fuerzas en el Vístula. — Irritación que despierta en Viena, y voto general por la celebración de la reunión del congreso el día 1.º de noviembre. — Violento altercado del emperador Alejandro con Mr. de Metternich. — Reunión del congreso en la época anunciada. — Las ocho potencias signatarias del tratado de París, la Francia, la Inglaterra, el Austria, la Rusia, la Prusia, la España, el Portugal y la Suecia, toman la iniciativa de las convocatorias y de las resoluciones. — División del congreso en comités. — Comité para la ratificación de los poderes. — Comité llamado de los *Seis*, compuesto de la Francia, de la España, del Austria, de la Inglaterra, de la Rusia y

de la Prusia, para los grandes asuntos europeos. - Comités para los asuntos alemanes, para los de Italia, para los suizos, para la libertad de los negros, para la franquicia de los ríos, etc., etc. - Se acuerda que cuando los principales intereses de cada cuestión sean sometidos á la deliberación de los comités, intervengan los *Ocho* para concluir de armonizarlos y para sancionar sus resoluciones. - Trabajos de los comités. - Asuntos italianos. - Cuestiones de la reunión de Génova al Piamonte, y de la sucesión á la corona de Saboya. - Cuestiones de Parma y de Nápoles. - Prudentes razones de Mr. de Metternich para procurar retardar la resolución relativa á la cuestión de Nápoles. - Asuntos suizos: continuación de la lucha entre los antiguos y los modernos cantones. - Influencia de la Francia en el aristocrático cantón de Berna y en los cantones democráticos de Uri, Glaris y Unterwald, empleada para negociar una conciliación. - Mientras que los asuntos de Italia y de Suiza se hallan próximos á resolverse, los de Sajonia y los de Polonia se agravan. - Esfuerzos de lord Castlereagh para separar á la Prusia de la Rusia. - Alejandro se apercebe de ellos y provoca una explicación de la parte de Federico Guillermo. - Los dos soberanos, después de haberse dado las suficientes explicaciones, se abrazan y se prometen permanecer más unidos que nunca. - Proclama del príncipe Repnín, gobernador temporal de la Sajonia, quien anuncia que este reino va á pasar á poder de la soberanía del rey de Prusia, con el consentimiento de la Inglaterra y del Austria. - Estas dos potencias le desmienten con violencia. - Por entonces logran las instancias de los príncipes alemanes cerca del príncipe regente de Inglaterra modificar las instrucciones dadas á lord Castlereagh. - Éste cambia de táctica y se une á Mr. de Metternich, para defender resueltamente á la Sajonia y á la Polonia. - Tendencia de los sucesos á la guerra. - Plan de campaña formado por el príncipe de Schwartzberg, en el que se dispone de las fuerzas de la Francia sin hacerla la menor indicación. - Proyecto de hacer entrar en la primavera doscientos mil austriacos y alemanes en Polonia, ciento cincuenta mil en Silesia y cien mil franceses en Franconia y Westfalia. - Mr. de Metternich presenta el 16 de diciembre una nota en la que retira el medio consentimiento que había manifestado para llevar á cabo el sacrificio de la Sajonia, fundándose en que la Prusia no había llenado ninguna de las condiciones que le había exigido el Austria. - Los prusianos exasperados quieren dar un golpe decisivo, pero el emperador Alejandro se esfuerza en contenerlos. - Después de muchas conversaciones con el príncipe de Schwartzberg, el zar adquiere la convicción de que las potencias han tomado el partido de resistirse á sus designios, y se propone entonces hacer algunos sacrificios. - Se decide, conservando toda la Polonia, á abandonar á la Prusia el ducado de Posen, para que tenga de este modo menos que pedir en Alemania, y procura al mismo tiempo entenderse amigablemente con el Austria en la cuestión relativa á la frontera rusa de Galitzia. - Siguiendo los consejos de la Rusia, contesta la Prusia al Austria con suma moderación. - Réplica del Austria, en la que prueba que al abandonar á la Prusia trescientas ó cuatrocientas mil almas en la Sajonia, cumple el compromiso pendiente con ella de devolverla su población de 1805. - La Prusia acepta estos cálculos, y la cuestión pierde el carácter absoluto que hasta entonces había tenido para convertirse en cuestión de cifras. - Nombramiento de una comisión de evaluación en la que se admite á la Francia, después de haber querido excluirla. - Se debaten vivamente en el seno de esta comisión las cuestiones de cantidad. - La noticia de la paz concluida entre Inglaterra y América devuelve á su plenipotenciario lord Castlereagh toda su energía. - Habiendo tenido lugar una escena violenta entre los ingleses y los prusianos, lord Castlereagh exasperado visita á Mr. de Talleyrand. - Este último se aprovecha de la ocasión, y ofrece al ministro británico una alianza ofensiva y defensiva. - Convenio de 3 de enero de 1815, por medio del cual el Austria, la Inglaterra y la Francia se alían y prometen presentar ciento cincuenta mil hombres cada una, para hacer triunfar con estas fuerzas su política. - Triste condición, impuesta á Mr. de Talleyrand si la guerra estalla, de encerrarse en los límites del tratado de París. - Nombramiento de un general francés para la discusión del plan de campaña. - A pesar de ser secreto, el convenio del 3 de enero es comunicado á la Baviera, á Hannover, á los Países Bajos y á la Cerdeña, para pedirles su adhesión. - La Rusia y la Prusia se aperceben por la actitud de sus adversarios de que se hallan de acuerdo entre sí y se deciden á transigir. - Se quita á la Sajonia la mitad de su territorio y la tercera parte de su población, para darlas á la Prusia. - Última lucha á propósito de la ciudad de Leipzig, que se deja definitivamente bajo el dominio de la Sajonia. - El rey Federico Guillermo se dirige á Pesh para arrancarle su consentimiento. - Una vez resuelta la grande cuestión que dividía á la Europa, y habiendo sido llamado al parlamento británico lord Castlereagh se apresuran á terminar las negociaciones. - Solución de las cuestiones pendientes. - Constitución definitiva del reino de los Países Bajos. - Restablecimiento de las casas de Hesse-Cassel y de Hesse-Darmstadt. - Estas casas abandonan, mediante un cambio, la Westfalia á la Prusia. - Actividad que despliega la Prusia para proporcionarse una continuidad de territorio desde el Mosa al Niemen. - Conducta injusta empleada con la Dinamarca. - El Luxemburgo entra á formar parte del reino de los Países Bajos. - Maguncia se convierte en plaza federal. - La Baviera adquiere el Palatinado del Rhin, el ducado de Wurtzburgo y abandona el Tirol con la línea del Inn al Austria. - Constitución germánica. - El Austria rechaza la corona imperial, y obtiene la presidencia perpetua de la dieta. - Organización de la dieta federal. - Solución de las dificultades suscitadas en Suiza, debida sobre todo á la Francia. - Los nuevos cantones conservan su existencia, pagando una indemnización pecuniaria. - Berna obtiene una indemnización territorial en el Porentruy y el obispado de Basilea. - La constitución suiza contenida casi por completo en el acta de mediación. - Dificultades de la cuestión italiana. - No habiendo exigido ningún precio Mr. de Talleyrand por haber prestado su concurso en los negocios de Sajonia y de Polonia, se ve amenazado de hallarse universalmente abandonado en la cuestión de Nápoles. - Afortunadamente para él, Murat proporciona la solución deseada, dirigiendo una intimación imprudente al congreso. - El Austria responde á esta intimación, anunciando que envía á Italia un ejército de ciento cincuenta mil hombres. - Resolución general de concluir de una vez con Murat. - Dificultades del asunto de Parma. - Se desea, en vista de la demanda de las dos casas de Borbón, devolver á Parma á la reina de Etruria, y no dejar á María Luisa más que el ducado de Luca. - Ésta, bien aconsejada, resiste y logra despertar la ternura de su padre y la generosidad del emperador Alejandro. - Lord Castlereagh es encargado, á instancia de Mr. de Talleyrand, de negociar á su paso por París un arreglo directo con Luis XVIII para que Parma pertenezca á María Luisa durante su vida, y para que la reina de Etruria no obtenga entretanto más que el ducado de Luca. - Se decide que las Legaciones sean devueltas al papa. - Resoluciones adoptadas acerca de la libertad de los negros y de la de los ríos navegables. - Hallándose resueltas todas las cuestiones en febrero, los soberanos se disponen á partir, dejando á sus ministros el cuidado de redactar lo acordado. - Se conviene en la formación de un instrumento general, que debe ser firmado por las ocho potencias signatarias del tratado de París, reuniendo todas las soluciones de un interés general, y se manda que se redacten además tratados particulares entre todas las partes interesadas en lo que les concierne. - En el momento de separarse, sorprende y trastorna á todos los ánimos la noticia del desembarco de Napoleón. - Todos se prometen permanecer unidos hasta el desenlace de la nueva crisis. - Son sostenidos los arreglos europeos precedentemente adoptados. - Carácter verdadero del congreso de Viena y juicio que se puede formar de su obra, que con algunos cambios ha durado cerca de medio siglo.

Ya hemos visto en qué situación colocaron á la Francia los Borbones, comprometidos por una constitución escrita, vigilados por una opinión pública muy susceptible, con las mejores intenciones, pero cediendo al movimiento reaccionario que tendía á restablecer el antiguo

régimen sobre las ruinas de la revolución y del imperio. Por esto sólo puede juzgarse la situación en que se hallaría la Europa dividida entre una multitud de gobiernos á los que no ligaban ni las leyes ni la opinión, que estaba en libertad, por consiguiente, de tratar de recons-

truir el pasado, y que se hallaban decididos á volver á ocupar los territorios que habían perdido y al mismo tiempo á apropiarse los que nunca les habían pertenecido.

Esta desventurada Europa, entre sus emigrados tan poco ilustrados como los nuestros y sus ambiciosos que se disputaban sus jirones, estaba cruelmente agitada y presentaba una especie de caos donde la avidez luchaba con la sinrazón. El hombre á quien se llamaba por entonces el genio del mal, Napoleón, podía decirse desde el fondo de su isla con toda la malicia que se le suponía y que le caracterizaba, que su caída no había proporcionado al mundo el triunfo del desinterés y de la moderación.

Es necesario, pues, dirigir una ojeada retrospectiva sobre esta Europa tan atormentada, para que pueda adquirirse una justa idea de su estado en la misma época que se consideraba como la de su libertad.

Las provincias belgas, que habían alcanzado desde luego un alivio real y positivo, libertándose de nuestro yugo, se habían visto tan sorprendidas como disgustadas al sentirse de nuevo bajo otro yugo no menos pesado, y contrario además á todos sus sentimientos nacionales. Lo que había alejado de nosotros á estas provincias, era la quinta, los derechos reunidos, la interdicción en los mares y las cuestiones religiosas; y aunque habían logrado evadirse de las quintas, no habían conseguido desterrar las contribuciones indirectas, que continuaban exigiéndolas. Los mares se habían hecho accesibles, pero para dar paso á los productos ingleses, rivales de los productos belgas, y desde el momento en que los mares se abrían para ellas, se les cerraba la Francia, que era el mercado que había contribuido á enriquecerlas. Además veían al papa restablecido en Roma, pero al mismo tiempo vivían bajo la dominación de una nación protestante, á la que no profesaban ningún afecto. La presencia del ejército británico, que se aumentaba sin cesar para proteger al nuevo reino de los Países Bajos, les era importuna, y acusaban al Austria, que había procurado separarlas de Francia, de haberlas engañado y vendido á la Inglaterra.

Las provincias rhinianas no se hallaban mucho más satisfechas. Si para ellas, como para las belgas, había cesado la contribución de sangre; si el Rhin, principal elemento de su bienestar, había sido puesto en comunicación con el mar, la Francia se había cerrado para su industria, que había adquirido un gran desarrollo durante el imperio, y el mercado de Prusia no podía indemnizarlas de la pérdida del de Francia. Por último, ser conciudadanos de los habitantes de Königsberg no les parecía tan natural como serlo de los parisienses, y la libertad del papa no las consolaba más que á los belgas de tener que obedecer á un soberano protestante. Además experimentaban un gran disgusto al verse invadidas por extranjeros, puesto que tenían dentro de su territorio al ejército prusiano, y se veían horriblemente tratadas por los soldados de Blücher, quien no se había acostumbrado todavía á considerar y á tratar como compatriotas á los habitantes de Aquisgrán y de Colonia.

Al otro lado del Rhin tenía otras causas el malestar. Los prusianos estaban contentos, y no les faltaba razón para estarlo, porque habían conseguido una victoria y

esperaban adquirir vastas extensiones de territorio; pero habían creído alcanzar como premio de su patriotismo una libertad que se les había prometido, y veían que no se apresuraban á concedérsela. Hannover, Brunswick y Hesse aguardaban con ansiedad que se fijase su suerte, y entretanto se habían arruinado con el pasaje de los ejércitos coligados. La Sajonia, que había abandonado á los franceses en el campo de batalla, estaba amenazada de perder su nacionalidad como un castigo de su abandono, y de convertirse en provincia prusiana, lo que le ocasionaba una verdadera desesperación. Provisionalmente sufría la humillación de ver á su soberano prisionero en Berlín. En los pequeños estados germánicos se inquietaban los príncipes por los proyectos que se suponían en las grandes potencias alemanas; y los pueblos, muy descontentos de los principios tan poco liberales anunciados por sus príncipes. La Baviera, que tenía que reclamar considerables indemnizaciones por lo que el Austria iba á tomar de sus dominios, no se felicitaba apenas de obtenerlos en la izquierda del Rhin y cerca de la Francia, con la que se quería comprometerla de este modo.

La Suiza había caído en un estado de confusión del que no se sabía cómo sacarla, y que ponía en conflicto todos los intereses y en alarma á todas las poblaciones. El acta de mediación, haciendo en los Alpes una acertada aplicación de los principios de 1789, había libertado á los antiguos países súbditos para constituirlos en cantones independientes; había de esta manera aumentado los trece cantones en diez y nueve; había abolido en el interior de cada uno las desigualdades de condición, las opresiones de todas clases, y creado una situación perfectamente equitativa, con la que la Suiza había vivido dichosa durante diez años, y con la cual no hubiera tenido nada que desear si la guerra no hubiera por entonces alterado la tranquilidad de todo el mundo.

Esta misma acta de mediación fué la que los berne- ses, introduciendo á los coligados en Suiza el mes de diciembre precedente, habían tratado de destruir y con efecto destruyeron. Acto continuo se despertaron todas las antiguas pretensiones. Berna quería dominar los departamentos de Vaud y de Argovia, quitándoles su cualidad de cantones confederados; Uri quería arrebatarse el valle Levantín al cantón del Tesino, y había tomado posesión de él sin esperar la decisión de ninguna autoridad; Schwytz y Glaris se preparaban á volver á apoderarse de los territorios de Uznach y de Gáster en el cantón de San Gall, y para conseguirlo procuraban insurreccionar á estos antiguos distritos; Zug reclamaba un bailiato en Argovia, y Appenzell esperaba recobrar el Rheinthal. Las poblaciones amenazadas habían tomado por su parte la defensiva. Los ciudadanos de Vaud, de Argovia, de San Gall y del Tesino habían tomado las armas, y sus fuerzas ascendían al número de veinte mil hombres. El régimen interior de los cantones no corría menos peligro que su formación territorial. Las disensiones de clases estaban en vísperas de reaparecer, ó al menos se tenía la pretensión de restablecerlas, y todos los intereses nuevos y legítimos, reconocidos por el acta de mediación, se veían amenazados, estaban próximos á revolucionarse.

Reunida la dieta en Zurich y deseando poner un término á esta anarquía, trató de reorganizar la Suiza; pero

los cinco cantones, que abrigaban proyectos trastornadores de cambios territoriales, los de Berna, de Uri, de Schwytz, de Glaris y de Zug, atrayéndose á sí por la conformidad de ideas á los cantones de Friburgo, de Soleure, de Lucerna y de Unterwalden, habían formado una contra-dieta que no quería concurrir á la de Zurich ni adherirse á sus actos. La dieta de Zurich se componía de los cantones amenazados, Vaud, Argovia, Thurgovia, San Gall, el Tesino, y de los cantones llamados imparciales, Zurich, Basilea, Schaffhouse, Apenzell y Grisones. Contaba, pues, con diez mientras que la dieta antagonista sólo contaba con nueve.

Afortunadamente para la causa del justo derecho y del buen juicio, el emperador Alejandro, liberal por sentimiento y por educación, y guiado además por Mr. de Laharpe y por el general Jomini, no prestaba su apoyo á estas ideas trastornadoras, y empleando su influencia con los soberanos aliados, les hizo declarar que las potencias coligadas no reconocerían más dieta que la de Zurich, que no consentirían la supresión de uno solo de los cantones existentes, y que procurarían indemnizar á Berna, por lo mucho que había perdido, con algunas porciones de los territorios conquistados en Francia.

Auxiliada con este gran apoyo, concluyó la dieta de Zurich por vencer á los disidentes, atrayéndolos á su seno. Redactó un proyecto de pacto federal consagrando la existencia de los diez y nueve cantones, y dejando al congreso de Viena el cuidado de resolver las cuestiones territoriales, conservó, desde el punto de vista de la igualdad civil y de la organización de los poderes, todo lo que contenía de bueno el acta de mediación; pero habiendo sido rechazado este proyecto por los cantones disidentes, se negaron á abandonar las armas las poblaciones cuya existencia amenazaba. El cantón de Vaud, transformado en una especie de campamento, en vez de ofrecer, según su costumbre, un cuadro de bienestar y de reposo, presentaba el de la más profunda ansiedad y la más viva agitación. He aquí todo cuanto por el momento había ganado la Suiza con la libertad de la Europa. El congreso de Viena debía, si podía, restablecer en todo el orden y la justicia.

Traspassando los Alpes, el espectáculo era todavía más triste y aflictivo.

Al retirarse los franceses, habían dejado los restos del ejército italiano en Milán, y á los austriacos en la mayor parte de las plazas fuertes de Lombardía. El príncipe Eugenio había creído conservar, á pesar de su noble fidelidad á Napoleón, una parte al menos de su virreinato. Había contado para conseguirlo con la influencia del rey de Baviera, su padre político, y con las simpatías personales que tenía en Europa. Los italianos juiciosos hubieran deseado conservarle por príncipe, y el senado lombardo se preparaba á dar algunos pasos con este fin, cuando el populacho milanés, disgustado de los franceses que tenía á su lado hacía diez y ocho años y excitado por algunos miembros de la nobleza y del clero, se revolucionó, ocupó el senado, asesinó al ministro de Hacienda, Prina, y se disponía á hacer sufrir la misma suerte al ministro de la Guerra cuando se logró contenerle. El general Pino se puso al frente de la fuerza pública, se formó una especie de regencia compuesta de patriotas ilustrados, y se pidió en seguida un soberano al congreso de Viena. La respuesta, fácil es adivinarla,

fué la ocupación austriaca. El mariscal Bellegarde, á la cabeza de cincuenta mil austriacos, invadió toda la Lombardía hasta el Po, disolvió la regencia provisional, y tomó posesión del país en nombre de la corte imperial de Austria. Aun cuando no era conocido el sistema de gobierno que regiría al país ocupado, se preveía que sería el mismo de las provincias austriacas.

Este sistema debía ser severo, pero regular, en Lombardía; en el Piamonte, fué desde el primer día extravagante. El viejo rey de Cerdeña, después de haber pasado en Roma el tiempo de su destierro y asistido á la entrada del papa ante el cual se había prosternado, había vuelto á Turín á tomar posesión de sus Estados, que los ingleses se proponían aumentar con el territorio de Génova, y los había gobernado como el más ciego de los emigrantes hubiera podido hacerlo. No solamente había restablecido el poder absoluto, sino que le empleaba persiguiendo á todos los que habían servido á la Francia, haciendo castigar á los que comían de carne el viernes y el sábado, y manifestando, respecto de todas las cosas, la más violenta intolerancia con un país que los franceses habían ilustrado con su presencia durante veinte años. Un gran número de oficiales piamonteses se marchaban para reunirse á Murat, que los acogía con entusiasmo, y el resto del ejército ó se negaba á servir, ó detestando el nuevo régimen apenas se prestaba á sostenerle. Sin la vecindad de los austriacos, que se hallaban en el Tesino y en el Po, se hubiera visto estallar una insurrección general.

Génova, que se había aturdidamente entregado á los ingleses, y había recibido del fácil y liberal lord Bentinck la promesa de su independencia, estaba desolada desde el momento en que se había apercibido de la suerte que le preparaban. No había, en efecto, un yugo que le fuese más antipático que el del Piamonte. Cosa extraña: todos los puertos de la Europa habían desde luego tendido sus brazos á los ingleses, es decir, al mar, y después los retiraban encolerizados. Génova se conducía del mismo modo que Marsella, Burdeos, Nantes, Amberes, etc.

Las Legaciones, comprendidas durante la dominación del imperio en el virreinato de Lombardía, habían sido ocupadas por Murat, quien las había invadido en nombre de la coalición. Obedeciendo á las ideas dominantes entonces y restituyendo á cada príncipe lo que le pertenecía en otro tiempo, hubieran debido ser devueltas al papa, y Su Santidad se fundaba en estas razones para contar con su devolución. Pero Murat, á quien el pontífice recién llegado á Roma se negaba á reconocer, se vengó de él por esto, continuando en posesión de las provincias indicadas, aunque sin atormentarlas, pero dejándolas en una penosa duda respecto de su futura suerte.

En aquellos momentos (septiembre y octubre de 1814) sólo un país era dichoso en Italia y acaso en toda Europa; este país era la Toscana. Devuelta al archiduque Fernando, duque de Wurtzburgo bajo el imperio y que no había hecho más que pasar, desde hacía veinte años, de una soberanía á la otra, había encontrado por fin un príncipe bondadoso y prudente, que no la privaba de ninguna de las mejoras debidas á los franceses, que no perseguía á nadie por haber servido á Napoleón, que había escogido por el contrario á Fossombroni y á Corsini, los dos miembros más distinguidos de la administración

francesa, para ponerlos al frente de su gobierno. Así es que los toscanos, apreciando su suerte y encontrándola buena, eran los únicos italianos que nada echaban de menos, ni nada deseaban. La turbulenta Liorna, en libertad de navegar y no estando amenazada como Génova de pertenecer á un dueño extranjero, estaba tan satisfecha y tan pacífica como el resto de la Toscana.

Roma había recobrado al papa, y le había recibido postrándose á sus pies en la plaza del Pueblo. En el número de los que habían hecho esta humilde manifestación se había visto al pobre Carlos IV, á su esposa, al príncipe de la Paz, tristes restos de la casa de España, relegados en Roma como los despojos de un gran naufragio. Pío VII, generalmente bondadoso y moderado, casi se despojó de estas cualidades de su carácter al volver á pisar su dominio sagrado, y se entregó á las cóleras de la Iglesia menos prudentes y menos humanitarias. Se apresuró á deshacer todo lo bueno que los franceses habían hecho para mejorar la administración, á perseguir sin piedad á cuantos les habían prestado servicios, sacerdotes ó legos; á anular las ventas de los bienes de la Iglesia y á proclamar, por último, el restablecimiento de los jesuitas, lo que era un motivo de inquietud para las clases ilustradas. El que inspiraba estas imprudentes determinaciones á Su Santidad no era el cardenal Gonsalvi, que se hallaba lejos de la capital en aquella época implorando el apoyo de las cortes europeas para obtener las Legaciones, sino el cardenal Pacca, su substituto temporal. El cardenal Maury estaba relegado en su diócesis de Montefiascone, con prohibición de presentarse al Santo Padre. ¿Por qué? Por haber sido prelado de Napoleón, á quien el mismo papa Pío VII había consagrado. Todos los parientes del cardenal fueron privados de sus destinos, y las cosas fueron tan adelante que el pontífice comenzaba á verse confuso por el mentís que daba á su carácter generoso.

Ya hemos expuesto antes de ahora las relaciones del papa con el gobierno de los Borbones, á propósito de la revocación del Concordato. Al mismo tiempo que solicitaba el apoyo de los Borbones en la cuestión de las Legaciones y de las Marcas, Pío VII reclamaba, como se recordará, á Aviñón y á Benevento; suplicaba á Luis XVIII que no aceptase la Carta por hallarse proclamada en ella la libertad de cultos; invocaba además la supresión del divorcio; una reforma en la ley sobre los matrimonios, con el fin de hacer superior el acto religioso al civil, y pedía también que se destinase una cantidad para dotar al clero. El antiguo obispo de San Malo, embajador de Luis XVIII, le presentó á su vez las peticiones de su corte, que consistían en la completa abolición del Concordato y en la restauración del clero de Francia tal como existía antes de 1802. Al dirigir esta petición á la Santa Sede con el debido respeto, el obispo de San Malo dejó comprender á Pío VII que la corte de Francia estaba lejos de aprobar su sistema de gobierno, y que le hubiera acusado de debilidad si se hubiera atrevido á formular una reconvencción contra el representante de Dios en la tierra.

Por su parte el papa, que no creía fuera de lo justo su reclamación de Aviñón ni su deseo de impedir la libertad de cultos, encontró extraordinario y humillante que le pidiesen echar por tierra su obra, restableciendo la antigua Iglesia francesa, y que se atreviesen á insi-

nuarle que se había equivocado al firmar el Concordato. Su doctrina y la de sus negociadores era la de que la Santa Sede no había podido equivocarse. Si los Borbones hubiesen sido consecuentes, no hubieran debido contradecirle; pero como en ellos todo era inconsecuencia, el ministro de Luis XVIII, para alcanzar la abolición del Concordato, sostenía que el papa había podido engañarse, haciéndose de este modo galicano, mientras que el papa se amparaba de las doctrinas ultramontanas para defender en el Concordato la menos ultramontana de sus obras.

Sin embargo, como tenían gran necesidad los unos de los otros, se buscó un medio conciliatorio, y Pío VII nombró una comisión de cardenales para que examinasen la grave cuestión de la revocación del Concordato y resolviesen numerosas dificultades suscitadas por ella. En las reclamaciones de la corte de Francia había algo que convenía muchísimo á la corte de Roma, el considerable aumento de las sillas episcopales, y darla gusto en esto era una de las cosas que más le alegraba. Admitió, pues, este aumento, no como renovación del Concordato, sino como un simple aumento del número de la diócesis, medida que en ningún tiempo ha dejado la Iglesia de aceptar. También el papa se prestó á ser complaciente en cuanto á la cuestión de las personas, porque quería restablecer en sus puestos á los antiguos titulares todavía existentes, en número de doce ó trece, por grande que fuese para él la confusión de volver á nombrar á los prelados que había depuesto; pero exigía pensiones completamente garantidas para los que iba á separar después de haberlos elegido, pensiones que no se negaba el gobierno á conceder. A pesar de esto, las negociaciones se retardaban mucho, como sucede frecuentemente en Roma; mas aquel retraso debía ser entonces ventajoso para la consideración de Pío VII y para el gobierno de los Borbones, que no se imaginaban el bien que se les hacía difiriendo el cumplimiento de sus deseos.

Quedaba Nápoles y los restos de la dinastía imperial que subsistían en este reino. Nada igualaba al asombro de Murat, al verse todavía sobre el trono de Nápoles, á no ser el asombro que experimentaba la Europa al contemplarle en él. Cuando, en los primeros días de 1814, dudaba aún la coalición de alcanzar la victoria, el Austria, para separar á Murat de Napoleón le garantizó el trono de Nápoles, é Inglaterra confirmó esta garantía. Pero después de su completo triunfo, se arrepintió la coalición de haberse tan pronto y tan fuertemente comprometido. Las potencias que no habían tomado parte en esta negociación, censuraban la precipitación del Austria y de la Inglaterra, que estaban confusas al ver su obra, y sin atreverse por sí mismas á destruirla, se hallaban dispuestas á dejarla destruir á los demás.

Todos los príncipes de Italia se habían negado á reconocer á Murat y en particular el papa, de quien, como no hace mucho hemos dicho, se había vengado Murat invadiéndole las Legaciones y las Marcas. Mientras que Murat tenía cerca á este vecino tan poderoso moralmente y que se negaba á reconocerle, había otro también próximo á él y no menos temible: este era Fernando IV, que conservaba el cetro de Sicilia y de Palermo donde reinaba, considerando á Murat como un aventurero á quien un descuido de la Europa había dejado por un